

Lo culto y lo popular en un mulato guatemalteco del siglo XVII

ARACELI CAMPOS MORENO
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

En el año de 1620, en Apastepeque, Guatemala, las exequias fúnebres dedicadas a un humilde mulato llamado Pascual Marroquín causaron revuelo entre los pobladores de aquel lugar. Las exequias fueron encabezadas por el dominico Juan Díaz de Miño, vicario de Apastepeque, quien en el sermón habló del mulato, muerto en “voz y fama de virtuoso y christiano”, y exhortó a los feligreses a seguir sus pasos. Su prédica causó el enojo de los españoles, pues, asegura el fraile, no pudieron admitir que “un mulato viviese mejor que ellos y con tan buen exemplo de vida” (AGN, vol. 339, s/exp., fol. 75r).¹ Mientras predicaba, el dominico mantuvo entre sus manos unos papeles que el mulato había escrito “de su misma letra y mano”. Por su edificante contenido, decidió leerlos a los asistentes, acrecentando, aún más, el enojo de quienes lo escuchaban. Después de la solemne ceremonia, acompañada por música de órgano, siguió el entierro. El cuerpo de Pascual Marroquín, apenas envuelto en una manta vieja, fue enterrado entre españoles, “cosa nunca vista ni usada” en aquel lugar (fol. 75r). El dominico había transgredido las costumbres sociales al honrar a un pobre mulato.²

¹ El expediente no tiene nombre. Los primeros folios corresponden a la declaración del dominico y los siguientes, al devocionario.

² Según Daniel Ulloa, los dominicos estaban divididos en dos facciones cuando llegaron a América: los no reformados, que pasaban más tiempo en los claustros, y los reformados, que daban mayor importancia a la evangelización. A esta última corriente debió pertenecer fray Juan Díaz de Miño. Los reformados tuvieron actitudes combativas. En La Española, encabezados por fray Pedro de Córdoba, causaron gran revuelo en la isla, pues se enfrentaron a las clases dominantes, porque no permitían la catequización de los indígenas (Ulloa, 1977: 53).

Las desfavorables opiniones contra el vicario muy pronto se dispersaron en el pueblo, sitio que él describe como muy “trabajoso”, propenso a “chismes y cuentos”, habitado por “gente de todas las naciones, [con] muchísimos mestiços y gente baja” (fol. 77r). Temeroso de que las críticas de sus feligreses llegaran al Santo Oficio, decidió adelantarse a sus enemigos y esclarecer lo que se había “ynterpretado o entendido mal”. Su declaración era una medida precautoria ante el temor de ser juzgado por el Tribunal y en la cual no olvidó señalar que sí se excedió en su actuación:

como humilde hijo de la santa Iglesia, a [la] que siempre he estado y estoy sujeto y humillado, pido humildemente a que el sancto Tribunal [me dé el] perdón de mi culpa y [de mi] hierro, como devo y tengo obligación, pues no hubo en el caso malicia ninguna (fol. 75r).

Por consejo de un fraile de su misma orden, entregó al comisario inquisitorial los manuscritos de Marroquín. Estos papeles suman 75 folios, escritos en ambas caras y con la misma letra. Los he bautizado con el nombre de “devocionario”, debido a que predominan textos de tipo religioso, y de él hablaré más tarde.

Voz y fama del virtuoso mulato

Entreverados en el devocionario, Pascual Marroquín registra datos personales a los que da el nombre de *memoriales*. Aunque son escasos los acontecimientos que describe, llama la atención la meticulosidad con que llevó a cabo los relatos, pues en casi todos señala la fecha, la hora y el día en que sucedieron. Este cuidado evidencia la conciencia que tenía de la escritura como un medio de fijar lo que merece ser recordado. Al escribir su vida deseaba perpetuarse.³

³ Ilustrativos al respecto fueron los españoles que conquistaron el Nuevo Mundo. Conscientes del valor que tenía la escritura, procuraron fijar por escrito las hazañas en las que habían participado. Darlas a conocer les permitía reclamar beneficios a la corona española y, al mismo tiempo, perpetuarse a sí mismos.

Gracias a sus memoriales, sabemos que se casó con una mujer llamada Aldonza, el 17 de septiembre de 1590, teniendo ella 15 y él 28 años de edad (fol. 113v). Registra el nacimiento de tres hijas. En 1602, el de María Francisca Marroquín Ramírez, la cual fue confirmada por “su señoría don Juan Ramyres”,⁴ de quien tomara el apellido para su hija. El segundo es el de Luisica, quien nació el 12 de junio de 1603, “a las tres de la tarde [del] jueves”. El tercer nacimiento tiene la fecha del viernes 31 de marzo, cuando, a las “dos horas al amanecer de 1606 años, nació Juanylla” (fol. 114r), que también fue confirmada por Juan Ramírez. A estos sucesos felices se añade uno triste: muere Aldonza, “que fue dios cervido”, el 29 de enero del año 1615 (fol. 115v). De todos los familiares nombrados sólo en el caso de María se explaya un poco más, señalando que a los trece años la casó el beneficiado don Fernando Baraona con Gaspar Raimundo, quien la llevó a vivir a Apastepeque.

A excepción de los informes anteriores, no sabemos más de la familia de Pascual Marroquín. Juan Díaz de Miño no menciona a pariente alguno en su declaración. Posiblemente, debido a la alta mortandad de aquellos tiempos, en especial de mujeres, el mulato fuera el único sobreviviente de su familia.

La declaración del vicario Juan Díaz nos da información de la devota vida del mulato, el cual, dice, acostumbraba internarse en los montes “a tomar disciplina” y practicaba ayunos de tres días, tiempo en el que apenas comía una tortilla y algunas yerbas. En cuanto llegaba “al pueblo,⁵ se yba derecho a la yglesia y se estava allí rezando todo el día”; tan prolongadas eran sus estadias en el templo, que este se había convertido en su lugar de “asistencia”, fuera de día o de noche (fol. 76r).

El vicario asegura que el mulato había sido esclavo del obispo de Guatemala. No indica cómo se llamó el prelado y por cuánto tiempo le sirvió. Todo parece indicar que las relaciones con los ministros de la Iglesia se le daban con facilidad, pues dice fray Díaz que el mulato era muy estimado por los dominicos de Apastepeque, quienes veían con agrado la cristianísima vida que llevaba.

⁴ Posiblemente fue el obispo al que Marroquín sirvió como esclavo. Ver abajo.

⁵ Al parecer, el mulato vivía en las afueras del pueblo.

Siempre “humildíssimo y muy compuesto en sus palabras”, sólo hablaba de temas religiosos. Era de todos conocido que sabía de “memoria muchas oraciones devotas, loores a Nuestro Señor y a la Virgen Santa”, así como “villançicos y cantares devotísimos a los sanctos”. Compartía su devoción con los demás, pues “dava a las mugeres y [a los] hombres muchas devoçiones [para] que [las] reçassen a Dios Nuestro Señor y a su Santa madre” y “todos los sermones que oýa, los refería a las personas que comunicava, saboreándolos con las cosas de Dios” (fol. 76r).

Pascual Marroquín murió a los ochenta años, edad muy avanzada para aquellos tiempos. Cuando fray Díaz supo que agonizaba, no dudó en correr a su lado para darle la extremaunción. En su lecho de muerte, le pidió “licencia” para mostrar el devocionario, con el fin de “despertar a bien vivir las ánimas de los vezinos d’este dicho pueblo” (fol. 76r). El mulato accedió a su petición.

Además del devocionario, el fraile encontró entre las pertenencias del difunto un escapulario “lleno de medallas de Nuestra Señora”, con “muchas estampitas y luminadas de sanctos: de san Juan Bautista, y un niño Jesús, y un *Ecce Homo*”, todas ellas cosidas al escapulario. Asimismo, dos cruces: una de plata y la otra “de palo, de más de un palmo, y un cristo pequeño de açófar en ella, la qual llevaba siempre en las manos” (fol. 76r).

Creo que ese abigarrado conjunto de objetos religiosos refleja, en buena medida, quién fue Pascual Marroquín: un sujeto cuya vida dependía de la religión. De ahí que hiciera de la iglesia su hogar y sólo hablara de asuntos espirituales. Asimismo constatan la religiosidad popular que practicaba (no la única, como veremos posteriormente). Hasta la fecha, existe una gran devoción por tales objetos, a los que los feligreses han dotado de propiedades milagrosas, curativas, mágicas. Es un hecho que los principios abstractos e inmateriales que predica la Iglesia se materializan en objetos que se puedan ver, tocar, poseer y usar cada vez que se requiera.

De los libros que tenía el mulato

El mulato Marroquín no sólo poseía objetos de devoción popular. Entre sus pertenencias, el dominico encuentra “dos o tres libritos de molde,

entre los cuales tenía un *Contemptus mundi* de fray Luis de Granada, y los demás, de oraciones y devociones muy sanctas y provechosas”. Por su origen humilde sorprende que poseyera tales libros y surge más de una interrogante: ¿cómo los adquirió?, ¿los leería o simplemente los guardaba como objetos valiosos de devoción?

Marroquín sabía leer, según se deduce por el misceláneo devocionario que escribió, donde transcribe fragmentos de libros, entre ellos, la Biblia (partes de los Evangelios de san Lucas y de san Marcos), una doctrina cristiana y un texto que identifica con el nombre de *Summa* de Granada. El mulato debió leer sin dificultad los libritos “de oraciones y devociones” que menciona el dominico, y es probable que leyera el *Contemptus mundi*, de Tomás de Kempis, libro que también se conoce con el título de *Menosprecio del mundo e imitación de Cristo* y que fue traducido al castellano por Granada.

He aquí, pues, un mulato devoto que tenía un saber libresco. Tal vez el obispo de Guatemala que lo educó lo interesó por la lectura y le dio acceso a su biblioteca. Y en cuanto a la adquisición de los libros, estos pudieron ser regalos del obispo o de los dominicos de Apastepeque, aunque sabemos del constante tráfico de libros que hubo entre España y sus colonias. La Nueva España estuvo al día de las novedades editoriales, y ciertas obras llegaban casi tan pronto como salían a la luz en la Península Ibérica. Además nos consta el continuo “trajinar” de materiales impresos y manuscritos que se produjo en la Nueva España. Se comerciaban, se prestaban, se transcribían, iban a remotos lugares, tan lejanos como el pueblo de Apastepeque, en Guatemala. De este comercio informal pudo beneficiarse el mulato.

Por lo que respecta a los libros de fray Luis de Granada que leyó el mulato, debemos recordar que el fraile andaluz fue un autor muy prolífico y muy conocido. En lengua castellana escribió alrededor de 24 obras, algunas publicadas en múltiples ocasiones, como *La oración y la meditación*, que conoció 300 impresiones en español, 80 en italiano y 59 en francés,⁶ y el *Memorial de la vida cristiana*, impreso cincuenta veces (Granada, 1962: 14).

⁶ Estas cantidades son aproximadas; actualmente, el número de ediciones

Por el carácter doctrinario y didáctico de la obra granadina, es posible que los dominicos que pasaron al Nuevo Mundo tuvieran especial interés en difundirla. Los frailes de Apastepeque pertenecían la misma orden de Granada, y probablemente influyeron para que el mulato lo leyera. Imagino que el lenguaje elocuente y a la vez sencillo del ilustre fraile conmovió profundamente a Pascual Marroquín. La religiosidad que propone —amable, llana, ferviente, ingenua— no debió serle indiferente. Esto explicaría que transcribiera un fragmento de la “*Suma de fray Luys de Granada*” en su devocionario (fol. 116r). Ciertos pasajes de la *Guía de pecadores*⁷ nos hacen pensar en el mulato, entre otras cosas, en el hecho de que supiera de memoria abundantes oraciones y de que en su devocionario escribiera muchísimas. También, el hecho de que la lectura de libros religiosos fuera una actividad cotidiana para el mulato; además, según cuenta fray Díaz, el mulato acostumbraba ayunar y, apartado del mundo, hacía penitencia en un monte.

Las oraciones del mulato Marroquín

El devocionario que escribió Marroquín contiene cincuenta y ocho oraciones; pasajes de los Evangelios de san Lucas y de san Mateo y de la *Summa* de fray Luis de Granada; una doctrina cristiana; un sumario de indulgencias; un santoral y unos dibujos de Cristo y de la Virgen. Se añaden al devocionario algunos informes biográficos, a los que llama *memoriales*, así como varios datos de naturaleza científica: un registro de fenómenos astronómicos y remedios para curar enfermedades.

Las oraciones destacan por su número y variedad. Pascual Marroquín, como todo hombre religioso, sabía que la oración es un medio de comunicación con Dios. Aunque son múltiples los temas de las oraciones de

habrá aumentado. Solamente del *Tratado de la oración y meditación*, el padre Llaneza cuenta 476 ediciones entre 1584 y 1904 (Granada, 1966: viii).

⁷ La *Guía de pecadores* fue incluida en la lista de libros prohibidos del inquisidor Valdés, de 1559. Fray Luis logró que el Concilio tridentino y el papa Pío IV la aprobaran.

Marroquín, una buena parte están dedicadas a la Virgen María. La siguiente, a la que da el nombre de *Oraçión de nuestra Señora*, tiene la particularidad de sumar a la hermosura de la Virgen sus cualidades guerreras, situándola a la cabeza de las huestes de Dios.

¿Quién es esta que ba adelante,
 assí como el alba quando çale,
 ermosa como la Luna,
 escogida como el Sol,
 espantable, así como lo ordena,
 balla [adelante] de las huestes?
 Gracias, Dios.
 Ten por bien que yo te alabe,
 Virgen çagrada...

(fol. 91r)

La oración ha sido tomada del *Cantar de los Cantares*, que el mulato tradujo del latín: “Quae est ista, quae progreditur, quasi aurora consurgens, pulchra ut Luna, electa ut Sol, terribilis ut castrorum acies ordinata?” (*Canticum canticorum*, 6: 9).

El devocionario contiene varias oraciones del rosario.⁸ Una de ellas es digna de mención por las originales asociaciones que establece Marroquín con las cuentas de este objeto de devoción: a las avemarías las identifica con la pureza de la Virgen y a los padrenuestros, con las llagas de Jesús; a estas dos cuentas les da, respectivamente, un color: el blanco y el rojo. En la última estrofa identifica al rosario con el salterio y, por ende, con la música; asimismo, lo llama corona en la cual están engarzados los misterios divinos, inaccesibles a los hombres, misterios que, por cierto, se mencionan al rezar el rosario.

Llámase a sí mismo *rosario*,
 porque las aves marías,

⁸ Tal vez estas oraciones deban relacionarse con la influencia que ejerció la orden dominica en Pascual Marroquín, pues, como es sabido, el rosario es uno de los emblemas característicos de esta orden.

como rosas blancas,
 son hapticadas y apropiadas a la purísima limpia de
 nuestra Señora;
 y los paternosters,
 como rosas coloradas,
 a las çacratísimas llagas de nuestro dulcísimo
 redentor Jesuchristo.

Y llámase también *salterio*,
 porque tiene tantas aves marías como psalmos,
 [como] el psalterio de David.
 Y a más de lo dicho,
 se dise *corona*,
 por el cerco y redondel de los santos mysterios
 que tiene para contemplar.

(fol. 78r)

Tan abundantes como las oraciones a la Virgen, son las de Jesucristo. Estas plegarias versan sobre motivos que, reiteradamente, hasta hoy en día, se presentan en las oraciones: identificar a Jesús como el redentor de la humanidad, referir su pasión y muerte, pedirle perdón y misericordia, así como ayuda para gozar de la gloria celestial.

También se incluye la *Oraçión del ánima de Christo*, que, como su nombre lo indica, se dirige no a Jesús sino a su alma; es una versión de una plegaria muy famosa de san Ignacio de Loyola,⁹ en la cual el devoto pide ser santificado mediante el alma y el cuerpo de Cristo, así como con el agua que brotó de la herida que un soldado le hizo cuando yacía crucificado. La versión del mulato es la siguiente:

⁹ La oración de san Ignacio está plenamente autorizada por el Vaticano. La consulté en un misal romano; probablemente el mulato hiciera lo mismo. “*Anima Christi, santifica me. Corpus Christi, salva me. Sanguis Christi, inebria me. Agua lateris Christi, lava me. O bone Jesu, exaudi me. Intra tua vulnera absconde me. Ne permittas me separari a te. Ab hoste maligno defende me. In hora mortis meae voca me. Et jube me venire ad te, ut cum Sanctis tuis laudem te in sæcula sæculorum. Amen*” (*Missale Romanum*, 1948: cxxvii).

Ányma de Jesuchristo,
 sanctificame;
 cuerpo de Jesuchristo,
 lábame;
 agua del costado de Jesuchristo,
 lábame.

¡O!, buen Gesú,
 óyeme
 y no permytas que me arriedre [*sic*] de ti.
 En la ora de my muerte,
 llámame y ponme cerca de ti,
 porque te loe con los tus santos ángeles.
 Amén.

(fol. 87r)

Como suele suceder en las tradiciones religiosas, en este tipo de textos se reelaboran, se transforman, se amplían símbolos y creencias católicas. Sirvan de ejemplo las siguientes líneas que escribió el mulato acerca del agua bendita, a la que le atribuye el poder de perdonar los pecados veniales y arrojar a los demonios de su alma tan sólo con tocarla:

El agua bendita me sea çalud y vida,
 y por ella me sean perdonados los peccados benyales,
 y por el tocamyento de esta hagua
 huyan los demonyos de tentar my ányma.
 Amén.

(fol. 91v)

No podían faltar en el devocionario de Marroquín las plegarias dedicadas a santos frecuentemente nombrados por el pueblo, como santa Apolonia, a la cual se invoca para curar el dolor de dientes. El martirio sufrido por los santos a menudo explica los poderes taumatúrgicos que se les atribuyen. Según la tradición hagiográfica, Apolonia fue martirizada por unos paganos que le golpearon la quijada y le rompie-

ron la dentadura (Englebert, 1985: 61).¹⁰ Inmerso en su espíritu religioso, Marroquín escribe una oración a la santa estableciendo una curiosa relación: los pecados son los causantes del tormento que provocan los dolores dentales:

Virgen bienaventurada santa Apolonya,
digna de gran honor,
ruega a nosotros al Señor,
que por culpa de nuestros pecados
no ceamos atormentados del dolor de dientes.
Ruega por nos, señora santa Apolonya,
porque seamos dignos de las promysiones de Jesuchristo.
Amén.

(fol. 90r)

Otra santa popular es Lucía, solicitada para curar enfermedades de los ojos.¹¹ Curiosamente, no sufrió ninguna tortura en sus ojos, pero su nombre, que significa luz,¹² estimuló la fantasía popular de que sus enemigos se los arrancaron y después ella misma se los colocó (Giorgi, 2002: 223). Pascual Marroquín le dedica una oración, de la cual transcribo una parte:

¡O!, preclara esposa de Gesuchristo,
Luía,
igual de los ánjeles,
compañera de los mártires,
abogada de los peccadores

¹⁰ También se dice que sus verdugos le arrancaron los dientes con unas tenazas. Por esta razón en sus representaciones “a veces, lleva las tenazas y los dientes que le fueron extraídos en una bandeja” (Giorgi, 2002: 43).

¹¹ También se le invoca para curar la disentería y las hemorragias (Englebert, 1985: 495).

¹² En *La leyenda dorada* se dice que la luz, por su misma naturaleza, “está ordenada al deleite de la vista [...]”. Lucía puede significar también *camino de luz* (Vorágine, 1994: 44).

y conerbadora de la vista de los ojos
de todos aquellos que ce te encomyendan.

(fol. 90r)

Una muestra más de la religiosidad popular de Marroquín es la oración de san Cristóbal. Siguiendo la tradición de las oraciones en las que se suele contar la vida del santo en cuestión, Marroquín alude al encuentro milagroso de san Cristóbal con el niño Jesús, para pedir, en una lógica de semejanza mágica, soportar una serie de desventuras como el santo soportó la carga que lo agobiaba. En una parte de la plegaria le ruega

bencer los que en contra de mý piençan mal.
Y por la carga gloriosa que sobre tus hombros traýas,
que era Christo,
meresiste pasar allí el rrío sin peligro,
ten por bien de me ganar graçia contra todas las angustias,
pobresas,
tribulaçiones
y engaños
y cogitaçiones
y escarnyos
[y] mentiras
y falsos testimonys
y malos consejos, ocultos y manyfiestos,
contra mý, tu çervidor
que los malos enemygos piensan;
porque con my vida y honrra te pueda çervir;
finalmente contigo, en la gloria vivir.
Amén.

(fols. 99rv)

Además de las plegarias dedicadas a los santos, el mulato escribe varias oraciones a las que podríamos titular “de circunstancias”, pues se rezan en momentos particulares. Para Marroquín había muchas situaciones de este tipo: cuando se entra en la iglesia, mientras se oye la liturgia,

después de la confesión, durante la comunión, etc. No olvidó las oraciones que se recitan a los enfermos, a los agonizantes y para pedir por los difuntos. La siguiente plegaria, que se dice cuando se está en “artículo de la muerte”, expresa la preocupación del cristiano de saber si le espera la Gloria o el sufrimiento eternos:

Jesucristo, hijo de Dios vivo,
 sea contigo [mi] ánima cristiana,
 por cuya Passión y soberanos méritos sea perdonada, anparada
 y libre d'estas mortales angustias en que pena, esperando en breve dejar
 el corruptible cuerpo mortal,
 llamada de Dios a dar cuenta en su santo juisio de todos sus bienes
 y males,
 y recibir el premio de la Gloria,
 por la gracia del Señor,
 o la pena, por sus pecados.

(fol. 103r)

El devocionario de Marroquín incluye un conjuro para ahuyentar a los demonios. La conjuración de espíritus malignos implica un saber especializado; la Iglesia tiene designados sacerdotes, es decir, exorcistas, para ejercer esta actividad.¹³ El conjuro del mulato no contaba con el permiso eclesiástico; pero, como es la tónica de todo el devocionario, su fe lo llevó a escribirlo sin pensar que infringía una regla dictada por la Iglesia. Desde la perspectiva de la historia de las mentalidades, el conjuro es una buena muestra del temor que han despertado los espíritus malignos, a los cuales se les adjudica la capacidad de provocar grandes males. En el conjuro del mulato se pide que Satanás y sus legiones no impidan que el cristiano suba al cielo:

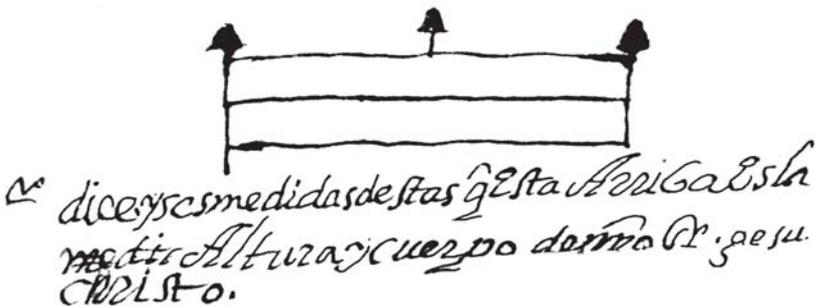
¹³ Al respecto se escribieron varios manuales, casi todos en latín. El exorcismo no sólo incluía la conjuración de demonios, sino también de plagas que asolaban los cultivos. Algunos exorcistas se hicieron famosos en su oficio. Tal es el caso del fraile trinitario fray Luis de la Concepción, a quien llamaban “invicto vencedor de espíritus malignos y aguerrido delbelador del enemigo humano”. Escribió en castellano *Práctica de conjurar*, libro publicado en 1681, en Alcalá de Henares.

¡Huya de ti el tenebroso Satanás con todos los suyos!
 Dios en su ayuda se levante
 y sean disipados tus enemygos.
 ¡Huyan de ti, ante su magestad, los malignos espíritus!
 Como el humo desbanece
 y como se derrite la cera en el fuego,
 así los malignos espíritus perescan
 ante la cara divina de tu Dios.
 Halégrese y gocen contigo los justos ante Dios,
 y Satanás y sus malditos [sic] legiones
 no puedan ympedir tu camino para el çielo.
 Amén.

(fols. 105r-105v)

Las medidas de Cristo y de María

En el folio 145r del devocionario Pascual Marroquín ha incluido dos dibujos conocidos popularmente con el nombre de *medidas*. Una representa el cuerpo de Cristo; la otra, un pie de la Virgen María. El primer dibujo, como podrá verse, está compuesto por tres líneas horizontales cuyo largo y ancho deben multiplicarse dieciséis veces



En el segundo se delinea la planta de un pie:



Las *medidas* no son una unidad o un instrumento de medición. Para la religiosidad popular, son objetos de devoción; deben su nombre a que con ellas se mide, se calca, una figura sagrada, ya sea en parte (un brazo, la cabeza, un pie), o bien, en su totalidad. Es una creencia generalizada que están benditas por el contacto que han tenido con esas imágenes.¹⁴

La historia de las *medidas* data de la Edad Media. En España, una de las más conocidas ha sido la de las cintas;¹⁵ casi siempre han estado vinculadas con los santos y, sobre todo, con la Virgen María, a quien por su calidad de madre se le ha adjudicado el papel de ayudar a las mujeres en embarazos y alumbramientos.

Las creencias populares no han sido coto únicamente de las clases bajas. Aun mujeres de altos estratos sociales han usado cintas en los partos. Se sabe que la reina Isabel II, con motivo de su cuarto alumbramiento, gustosa aceptó que se trasladaran las reliquias de Ramón Nonato¹⁶ y junto con ellas “las medidas y velas del buen alumbramien-

¹⁴ Algunas *medidas* adquirieron calidad de reliquias. En España, según una bibliografía del siglo XVII, *medidas* como cintas y estadales se identifican con el nombre de reliquias (Herradón, 2001: 40).

¹⁵ En las cintas se solía estampar la imagen de un santo y su nombre se grababa “con letras de plata ú oro” (*Aut.*).

¹⁶ Como ya antes hemos señalado, los poderes taumátúrgicos que se les adjudican a los santos suelen relacionarse con episodios de su vida. Ramón Nonato fue sacado vivo del vientre de su madre muerta, razón por la cual se convirtió en santo protector en los alumbramientos de las mujeres. Desconozco si en México esté extendida la práctica de usar cintas en los partos. Sólo puedo seña-

to” (Herradón, 2001: 38). La *medida* de la Virgen de la Cinta, de Tortosa, Tarragona, cuando Felipe IV la solicitó, en 1629, para el parto de Mariana de Austria, fue utilizada después en los nacimientos reales hasta el reinado de Alfonso XIII (Herradón, 2001: 48).

Tales tradiciones continúan vivas. En el santuario de Briviesca, Burgos, se venden las cintas de santa Casilda de Toledo, a quien, por haber estado enferma de flujo menstrual, se la relaciona con la fecundidad. “En Madrid, la parroquia de Santa Casilda también expende estas medidas, que todavía hoy son enviadas directamente por el capellán de la ermita burgalesa” (Herradón, 2001: 38).

Según Ma. Antonia Herradón Figueroa,¹⁷ la costumbre de medir iconos sagrados se originó en los lugares santos, “desde donde los peregrinos trajeron hasta Europa Occidental las medidas del sepulcro de Cristo y de la columna de la flagelación” (Herradón, 2001: 35). Lo mismo sucedió en los santuarios, donde los peregrinos, después de un largo caminar al encuentro con la divinidad, compraban alguna *medida* con el fin de evocar el acto de fe que los había llevado a aquel lugar y porque creían que la *medida*, al reproducir la imagen venerada, poseía cualidades maravillosas.

Por lo que respecta a las dos *medidas* que dibuja el mulato Marroquín, estas tienen la particularidad de aparecer acompañadas, cada una, de un texto. Nuevamente, encontramos la actitud consciente del mulato de expresar sus ideas por escrito. Por su contenido, los textos se deben considerar elementos inseparables de las *medidas*. El primer texto es una larga introducción que antecede a la *medida* del cuerpo de Cristo y, tal como suele ocurrir en muchas oraciones populares, la introducción tie-

lar un caso. En Pátzcuaro, Michoacán, compré la *Oración que rezaba la beatita de Pátzcuaro*, una mujer que en el siglo XVIII ayudaba a las parturientas. La oración se vende con una cinta que tiene la inscripción: “En tu concepción ¡oh, virgen María!, fuiste inmaculada, ruega por nosotros al Padre cuyo Hijo diste a luz”. Es casi seguro que la cinta debe colocarse sobre el vientre de la parturienta, mientras se reza la oración.

¹⁷ La autora analiza y proporciona interesantes datos de una colección de cintas y estadales marianos que existe en el Museo de Antropología. Ver bibliografía.

ne la función de señalar los beneficios y atributos del objeto de devoción. De la *medida* de Jesús se asegura que el papa Inocencio otorgará “cuatro myl años de perdón” a quienes “trajere[n] conçigo esta sancta longura de Nuestro Señor Jesuchristo con gran reberençia y deboçión” (fol. 154r). Por su parte, los papas Clemente, Bonifacio y Juan han prometido cinco años de perdón a quienes la veneren y recen a las cinco llagas de Jesús. También se enlistan los favores que recibirá el devoto si reza tres veces al día a esta *medida*:

no morirá súpitamente, ny sin confisión, ny perderá la vista de los hojos,
ny le enpeserá¹⁸ falso testimonyo, ny piedra,¹⁹ ny morirá de desmayo,²⁰
ny otros muchos males. (fol. 154)

Como en el caso de las cintas que se relacionan con la fecundidad de las mujeres, se asegura que esta *medida* protegerá a las mujeres en los partos y del “mal de madre”.²¹

Y quienes trasladen “esta sancta longura” “de una tierra a otra” ganarán “las yndulgençias y perdones arriba contenydas”, es decir, las prometidas por los papas. En fin, las cualidades milagrosas de la *medida* le aseguran al creyente que tan sólo con llevarla consigo “no morirá en pecado mortal”.

El segundo texto está escrito dentro del dibujo que reproduce el pie de la Virgen. Al igual que la *medida* anterior, esta debe traerse consigo, cual si fuera un amuleto. También se dan indicaciones sobre un determinado número de rezos que el devoto deberá decir. El número nueve adquiere especial importancia en esta *medida*, pues son “nuebe credos y nuebe salbes” que se han de rezar en memoria de “los nuebe meses que andubo nuestro Señor Jesuchristo en el biente virginal de nuestra señora”. También se indica que esta *medida* deberá darse “a nuebe personas”.

¹⁸ *empecer*: “dañar, perjudicar, hazer mal” (Covarrubias).

¹⁹ *piedra*: “que se engendra en la bexiga” (Covarrubias).

²⁰ *desmayar*: “perder las fuerças y el sentido. Desmayado, el que padece este accidente” (Covarrubias).

²¹ *madre*: “en las mujeres es la bulva y lugar do conciben el feto [...]; esta suele padecer muchas enfermedades” (Covarrubias).

A diferencia de la *medida* anterior, en la cual se prometen múltiples beneficios, en esta sólo se ofrece uno, nada despreciable, por cierto: el devoto “no morirá de pestilencias”²² si la lleva consigo.

Últimas consideraciones

Pascual Marroquín fue un hombre que quiso alcanzar la perfección cristiana, la virtud, la gracia para el bien vivir, según palabras de fray Luis de Granada (1966: 10). En su tiempo no fue el único devoto que tuvo tales pretensiones, pero se distingue de los demás porque su condición de mulato no le impidió leer libros dirigidos a un público especializado y aventurarse a escribir un largo devocionario. Conducido por sus motivaciones religiosas, la lectura y la escritura formaron parte de sus hábitos cotidianos.

Se podrá cuestionar la autenticidad de sus dotes literarias, pues, como ya lo he señalado, el devocionario contiene fragmentos de libros que el mulato transcribió. Aun así, escribir lo ya escrito manifiesta el interés del mulato por la palabra que se fija en el papel, que trasciende, que busca la posteridad. Como atinadamente señala Michel de Certeau: “La escritura acumula, amontona, resiste al tiempo por medio del establecimiento de un lugar, y multiplica su producción a través del expansionismo de la reproducción”.²³

Sobre el origen de las oraciones del devocionario, tal vez el mulato las copiara de impresos, pero pudo haberlas recogido de la tradición popular. Otras, en cambio, serían creación suya. Por ser numerosas y de variados temas, así como por la importancia espiritual que para el mulato tenían, creo que en su mayoría salieron de su pluma. Viene a mi memoria el retrato que el dominico hizo de Marroquín: un hombre de cuyos labios asomaba a cada momento alguna oración.

²² *pestilencia, peste*: “enfermedad contagiosa que comúnmente se engendra en el aire corrompido” (Covarrubias).

²³ Citado por Roger Chartier, en *El orden de los libros*.

Bibliografía citada

- Biblia sacra iuxta Vulgatam Clementinam*, 1991. Ed. Alberto Colunga y Laurencio Turrado. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- BURKE, Peter, 1991. *La cultura popular en la Europa moderna*, trad. Antonio Feros. Madrid: Alianza.
- CHARTIER, Roger, 1994. *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVII*, pról. Ricardo García Cárcel, trad. Viviana Ackerman. Barcelona: Gedisa.
- COVARRUBIAS HOROZCO [COBARRUVIAS OROZCO], Sebastián, 1984. *Tesoro de la lengua castellana o española* (facs). México: Turnermex.
- Diccionario de Autoridades*, 1976, facs., 3 vols. Madrid: Gredos.
- ENGLEBERT, Omer, 1985. *La flor de los santos o vida de santos para cada día del año*. México: Librería Parroquial de Clavería.
- GIORGI, Rosa, 2002. *Santos*, trad. Carmen Muñoz del Río. Barcelona: Electa.
- GRANADA, Luis de, 1962. *Guía de pecadores, seguida de la carta de Euquerio a Valeriano*, introd. Luis G. Alonso Getino. Madrid: Aguilar.
- _____, 1966. *Guía de pecadores*, ed., pról. y notas Matías Martínez Burgos. Madrid: Espasa-Calpe.
- HERRADÓN FIGUEROA, Ma. Antonia, 2001. "Cintas, medidas y estadales de la Virgen (Colección del Museo Nacional de Antropología)". *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* 56: 33-66.
- Missale Romanum, ex decreto sacrosancti, concilii tridentini restitutum. S. PII V pontificis maximi. A Pio X reformatum et Benedicti XV. Auctoritate Vulgatum*, 1948. Romæ: Typis Societatis S. Joannis Evangelistæ.
- [Pascual Marroquín, expediente]. AGN, Ramo Inquisición, Apastepeque, Guatemala, 1621, vol. 339, s/exp. fols. 75-153.
- ULLOA H., Daniel, 1977. *Los predicadores divididos (los dominicos en Nueva España, siglo XVI)*. México: El Colegio de México.
- VORÁGINE, Santiago de la, 1994. *La leyenda dorada*, trad. José Manuel Macías, vol. 1. Madrid: Alianza.

*

CAMPOS MORENO, Araceli. "Lo culto y lo popular en un mulato guatemalteco del siglo XVII". *Revista de Literatura Populares* IV-2 (2004): 288-306.

Resumen. En este artículo se expone el caso de un mulato guatemalteco que tuvo acceso a la alta cultura, pese a que pertenecía a un estrato social bajo. El mulato leyó libros y autores de temas religiosos: la Biblia, fray Luis de Granada, doctrinas cristianas, libritos de oraciones, etc. También escribió un largo manuscrito, llamado aquí *devocionario*, que contiene muchas oraciones populares y dos dibujos conocidos con el nombre de *medidas*: uno del cuerpo de Cristo y otro del pie de la Virgen. Al parecer, la mayoría de las plegarias fueron creación suya; varias están dedicadas a santos populares. Las *medidas* corresponden a tradiciones mágico-supersticiosas. En el mulato convergen, por un lado, creencias religiosas populares y, por el otro, un saber libresco que estaba al alcance de unos cuantos.

Abstract. *This article shows the case of a Guatemalan mulatto who had access to the learned culture even though he belonged to a low social status. The mulatto read religious books and authors: the Bible, fray Luis de Granada, Christian doctrines, prayer books, etc. He also wrote a long manuscript, called here devocionario, which contains many popular prayers and two drawings known as medidas: one of Christ's body and another of the Virgin's foot. Most of the prayers appear to be his creatio; many are dedicated to popular saints. The medidas correspond to a magical-superstitious tradition. In the personality of the mulatto are joined popular religious believes on one side, and, on the other a book learned knowledge that was available to just a few.*